

OJALÁ SEA PARA SIEMPRE

Me encontraba en paz, por fin era feliz... Pero, hasta que llegó este momento, pasaron muchas cosas. Vamos a situarnos en el año pasado, en mi casa, se situaba en el centro de la ciudad, era un pisito reformado muy moderno y limpio, yo iba a 3 de la ESO, a un colegio a unos diez minutos en bus, y hacía gimnasia artística en un pabellón cerquita de mi casa.

Cuando comencé el curso las cosas empezaron a ir mal, me cambiaron a otra clase separándome de mis amigas; no fui capaz de hacer amigos. De hecho, parecía que la gente huía de mi. Perdí la relación con mis anteriores amigas y, en casa, las cosas no iban muy bien. El curso fue avanzando y mi único plan era ir a la biblioteca a estudiar y ver algún programa en la televisión. Las cosas en casa no mejoraron, al revés, fueron a peor y yo me sentía fatal, era como si estuviese vacía; pero, lo peor es que me sentía sola.

A final de curso mis padres me dijeron que se iban a separar. Yo, la verdad, me esperaba esa noticia porque no hacían otra cosa que discutir y gritarse todo el tiempo. Yo seguía igual de sola y triste que meses atrás, pero la verdad es que mis notas habían sido una maravilla y mis padres estaban orgullosos de mí.

Mi padre se iba a mudar a otro piso en el centro y mi madre a una casa en un pueblo, a las afueras de la ciudad. Me dieron la opción de escoger con quién quería irme y la verdad es que me costó poco elegir. Yo quiero a mi padre pero en ese momento necesitaba irme y empezar de nuevo, así que decidí irme con mi madre, eso sí, cada dos semanas iría a pasar el fin de semana con mi padre y, por supuesto, no perdería el contacto con él.

Mi verano se resumió en hacer viajes, recoger cajas, ir de un lado para otro, algún que otro juicio... Mi única salvación para este verano fue que mi madre decidió adoptar a un perro, Tommy, que se convirtió en mi apoyo emocional. Mi madre me dijo que así tenía algo que hacer, como sacarlo a pasear, jugar con él... La verdad es que tenía mucha razón, sin Tommy el verano habría sido mucho peor de lo que fue.

Ya se estaba acabando el verano y me fui con mi madre al pueblo,. Llegamos a la casa y la verdad es que era gigante, no era tan moderna como la anterior, pero tenía algo que me encantaba. Mi cuarto era enorme y tenía unos ventanales grandes que daban a un precioso campo verde . Esas primeras dos semanas estuvimos colocando todo y la verdad es que la casa quedó preciosa.

Yo había ido dando vueltas por el pueblo al sacar a pasear a Tommy, lo llevaba por los caminos de piedra hasta llegar a unos prados enormes que Tommy recorría a toda velocidad. Me gustaba mucho el pueblo, era muy agradable estar allí: sin ruido, oliendo a monte, paseando... La gente del pueblo era majísima, se conocían de toda la vida y me trataban como si fuese familiar suya. Siempre me saludaban y me ofrecían ayuda.

Loli, la panadera, sabía de memoria el pan que quería todo el mundo; su panadería era muy famosa por el pueblo. En la plaza siempre había gente tomando algo en el bar, niños pequeños pintando con tizas en el suelo, un grupo de música tocando... A veces pasaba por delante del instituto y se me removían un poco las tripas; no era muy grande pero, aun así, me asustaba. A la gente de mi edad no la solía ver, supongo que era porque, al no haber acabado el verano, seguían de vacaciones.

Mi madre empezó a trabajar en una agencia inmobiliaria del pueblo, y yo solía pasar las tardes dando vueltas, paseando a Tommy, jugando a juegos de mesa con mi madre, haciendo vídeo-llamadas con mi padre...

Se acercaba el día de ir al colegio y la verdad es que estaba muy nerviosa, llevaba tanto tiempo sola que era como que se me había olvidado hacer amigos. Una tarde, estaba paseando a Tommy por el prado de siempre, y me encontré a una chica que también paseaba a un perro; los dos se llevaron muy bien y empezaron a jugar por el prado. La chica se me acercó y me preguntó que quién era, porque no me había visto nunca, yo le dije que me acababa de mudar y así empezó una conversación de unas dos horas, nosotras dos sentadas en el campo contándonos anécdotas y hablando un poco de todo.

Sofía, la chica, me cayó genial, pasé una tarde en grande y ella me invitó a su casa al día siguiente. Cuando volvía a mi casa me sentía muy ilusionada, nunca habría pensado que esa tarde iba a conocer a mi mejor amiga.

Al día siguiente, fui a casa de Sofía, su casa era muy parecida a la mía, pero las dos tenían algo que las hacía únicas. Esa tarde cocinamos galletas y nos las tomamos viendo una película; después, seguimos hablando y ella me preguntó que si estaba nerviosa por empezar el colegio al día siguiente, yo le dije que para nada aunque, en el fondo, estuviese atacada. Me contó que tenía varios amigos y que me los presentaría, seguro que les caería genial.

Cuando volvía a mi casa estaba súper nerviosa, me lo había pasado muy bien, pero no quería que se repitiese lo del año pasado, quería hacer amigos y tener más planes que ir a una biblioteca. Esa noche no paré de pensar qué me iba a poner, cómo me iba a peinar, qué me iba a llevar para

almorzar... Tampoco es que quisiera que fuese todo perfecto, simplemente quería causar buena impresión.

Finalmente llegó el día, fui al colegio y Sofía me presentó a su grupo de amigos, eran ocho, cuatro chicas y cuatro chicos. La verdad es que me cayeron genial; me senté con Sofía en clase y, cuando acabamos, me preguntaron si me apetecía ir a dar una vuelta con ellos, avisé a mi madre y empezamos a ir por zonas del pueblo que yo no conocía mientras hablábamos de todo un poco, pregunté a dónde íbamos, pero prefirieron que lo viese antes de decir nada.

Empezamos a subir una colina hasta llegar a una explanada verde en la que había una pequeña casa de madera, entramos y había un par de sofás, una mini cocina y un baño. Me contaron que así solían pasar las tardes en la casita, hablando, haciendo deberes, jugando a las cartas, viendo películas. Y a partir de ese día, todo cambió, íbamos por los alrededores buscando sitios nuevos en los que ver el atardecer, comiendo pipas, como me habían dicho, pasábamos las tardes en la caseta riéndonos, viendo películas... En clase todo iba genial, no sacaba las notazas de antes pero porque tenía muchas otras cosas que hacer.

A mi madre le iba genial, había hecho amigas en el pueblo y casi todas las noches se daban paseos por los campos. Mis días preferidos eran los días de acampada, toda mi clase cogíamos sacos de dormir y esterillas y nos íbamos al campo a dormir; a la mañana siguiente nos despertábamos para ver el atardecer todos juntos. Cuando me tenía que ir a ver a mi padre a la ciudad, la verdad es que no dejaba de pensar en qué iba hacer cuando llegase al

pueblo pues tenía muchísimas ganas de volver, tantas que hasta mi padre vino a visitar el pueblo por lo mucho que le hablaba de él.

Tommy conoció a muchos otros perros, muchas veces quedábamos todos a una hora y los paseábamos juntos . En invierno, no podíamos estar tanto en la calle porque anochecía muy rápido, pero para eso teníamos la caseta. La gente del pueblo pasaba las tardes de los fines de semana en las peñas, con los churros y el chocolate caliente, escuchando las actuaciones de las bandas de música del pueblo...

Un día, estábamos mis amigos y yo en la caseta haciendo galletas y, cuando nos las estábamos comiendo, recordé el momento en el que conocí a Sofía; esa tarde en la que hicimos galletas y estaba aterrada porque al día siguiente empezaba el colegio; me di cuenta de que estaba en paz, de que por fin era feliz. Estudié bachillerato de ciencias en el pueblo pero, después, tuve que irme a estudiar a la ciudad la carrera de enfermería. Me dio muchísima pena por mis amigos, ya que su carrera la podían estudiar en una universidad cerca del pueblo, no como yo.

En la universidad conocí a un chico, Pablo, fuimos novios casi toda la carrera y, después de graduarnos, fuimos a trabajar al mismo hospital. Mi vida era muy buena, vivía con Pablo en un piso muy pequeño, íbamos al cine, de compras.... Cuando cumplí los 30, descubrí que estaba embarazada, Pablo y yo barajamos las opciones de cambiarnos de casa, en ese momento recordé mi adolescencia en el pueblo, y no me pude resistir a decirle lo que estaba pensando. Tras muchos meses, nos mudamos al pueblo a trabajar en el hospital de allí. Lo hicimos porque sabíamos que era el mejor sitio para que María, nuestra hija, creciera. Yo me junté con Sofía, Carlos, y Andrea, que

seguían viviendo en el pueblo. La verdad es que había venido bastante gente nueva a vivir aquí y eso me alegró, me alegró saber que este pueblo seguirá con gente por las plazas, con niños viendo los atardeceres, la panadería vendiendo cientos de panes a la semana, el colegio lleno de niños, las peñas llenas de gente cantando...

Ahora tengo 41 años y mi hija María acaba de cumplir los diez, Pedro hizo amigos muy pronto y suelen pasarse la tarde en el bar o en casa viendo partidos. Ahora tenemos un perro, Rayo, le he llamado así por mis recuerdos de Tommy corriendo a toda velocidad por el campo. Yo, después de trabajar, suelo quedar con mis amigos, charlamos y cotilleamos como en los viejos tiempos. Ojalá todo el mundo supiese lo bien que se vive en un pueblo, y que todas estas experiencias que cuento, las vivan muchos niños más.